

La República de Ars

Mann



Capítulo 1

La República de Ars

La luz solar ingresaba por el ventanal principal del majestuoso living inspirado en un estilo arquitectónico colonial, reconstruido de las penumbras del olvido, colisionando en todo a su paso, incluido, un viejo jarrón de cristal posado sobre una mesa de caoba Inglesa, que actuaba de prisma desacelerando la luz, se vislumbraba como una paleta de colores cósmica iridiscente danzaba sobre la gran pared blanca, una proyección cinematografía a floraba desde el delirio de la invención; destellos de oro irradiaba cada vez que el macillo de fieltro impactaba sobre las cuerdas de acero, a cualquier sistema auditivo que hubiera de llegarle las vibraciones ondeantes en el dantesco epígrafe de una vida de lujos, instantáneamente, hubiese vislumbrado el célico cántico de los inmortales.

Julia Pizzalli ejecutaba de memoria uno de los tantísimo corales de Bach, en su magistral Steinway And Song, heredado de una tía que en sus mejores días había llegado a interpretar las osadas piezas de Chopin con desaires de despreocupación.

Ensimismada en un basto mundo de texturas, oyó el destiempo provocado por la gélida quietud ensordecedora de la intuición, al ras del deshielo, el diáfano recuerdo caía a gorgotonos nuevamente en su mente. Había olvidado el almuerzo en el sofisticado y presuntuoso La Rue Mont.

Con el retraso apresurándole la calma, cogió una chaqueta de seda hindú color verde jade, y un sombrero de ala corta con una geométricamente esbelta cala blanca de lado y se marchó; al unísono, el aire daba vaivenes incesantes de refinidad ante la más frágiles lilas, cuando, de manera instintiva, se roció con su perfume francés.

Julia Pizzalli y Cristóbal Arzarú conocieron en un viaje de placer a Roma, admirando los vástagos de un Imperio que había cambiado el ánimo de la geografía; si me hubiesen preguntado, admitiría sin preámbulos, que el alma de Nerón había encendido la pasión de aquellos jóvenes estupefactos bajo el rigor de la historia.

Aún en ambos estaba latente el recuerdo de la última noche de estadía de Julia en la gran urbe nostálgica de grandezas, cuando caminaron por la ribera de río Tiber rememorando el mito de Rómulo y Remo, la luna reverberaba la quietud amenazante de la inmensidad y tiznaba de alvéolas

plateadas el espejo incandescente del cause del tiempo. A su vez, crecía a borbotones un amor trasatlántico que perduraría hasta aquella fatídica noche de verano.

La calle empedrada, de viejos carruseles, permanecía semivacía. Era un corredor donde los chef glorificados de la ciudad, se codeaban por el arte de servir los platos más auténticos y sofisticados, allí se encontraba La Rue Mont, con el arquetipo Francés de los años 20, donde las farolas colgaban tenues ante el diáfano día, y el tapiz rojizo que se adentraba hasta las exquisiteces más exóticas que uno pudiera concebir.

Si algún despistado por naturaleza, desconocía la zona, hubiese atisbado que se encontraba entre la morada de las familias más acomodadas de la ciudad.

El automóvil se detuvo a la vera del tapiz, sin objeciones y de manera rutinaria el chofer abría la puerta trasera derecha, donde estaba sentada la escritora más exitosa de la época contemporánea, Julia Pizzalli.

La falsificación de un cuadro de Pablo Picasso de su etapa "azul" colgaba en el ala derecha del salón, aún si evocabas el contexto históricos se percibía la polución de tristeza que abarcaba cada pincelada dotada por el dolor inconmensurable del amor ante la tragedia, contrarrestaba sentencialmente con el ambiente que asentaba un encuentro cordial y profesional entre el decoro afluir de la amistad. Francesca Fourneau aguardaba impaciente en una de las exclusivas mesas, previamente reservada.

Hacedor de una fortuna incalculable, forjada por su abuelo materno, Giovanni Arzarú, el mismo había sido desplazado de su país natal por el beligerante e infructuoso actuar de una Nación que había caído en desgracias por la imposición caótica de dogmas que se encontraban en pugna con la mayoría popular. Llegó al país que lo acogió, en un barco mercante de mala gracia, hacinado por el cólera constante del mal vivir de su tripulación, y la sobrepoblación que duplicaba la cantidad de tripulantes para la que el navío había sido construido. Con el sudor que caracteriza a los que férreamente veneran las ansias de cimentar, y su codicia nata, construyó un Imperio, digno de admirar. Cristófalo Arzarú, canciller en su país natal, estaba en un viaje de trabajo, con el objetivo de interiorizar en relaciones con una nación desgastada en ánimos de negocios.

La República de Ars, era un país muy peculiar, las librerías afloraban en cada esquina, las aventuras y desventuras correteaban por las callecitas encantadas, aunque extraña, pero culta Nación, era el acoyo de ensueño para los dotes literarios de la época. ERA EL PAÍS MÁS CULTO DEL MUNDO.

Corría un régimen dictatorial Platónico, quien regulaba el arte, el más puro arte, que se escurría en formas irregulares en cada rincón desairado del basto ideal trascripto por ensoñaciones que surgían en abanicos de los mundos creados por mentes privilegiadas que le daban al mundo de cristal un carácter vacuo en cuanto a las normativas que dictaban la inquebrantable moral, de los países adyacentes en el globo terráqueo.

El índice de felicidad rozaba el techo de un grafico que asemejaba al risco de una montaña atravesando las nubes hacia la ingravidez, haciendo hincapié, incesantemente, en los dotados para poder inferir en el índice de agudeza que se les exigía a las marionetas de la erudición.

Los esbirros de la intelectualidad, con sus esbeltos trajes shakesperianos de forma ampulosa y ceremonial, dramaturgos de las tragedias del amor, e incandescentes almas, se hallaban en vilo de los acontecimientos artísticos que moldeaban la fantástica atmósfera sin contaminación intelectual de aquel singular país para que los prosaicos hacedores de la mente de un genio, alienados por su libre albedrío, plasmasen sus locuras con bolígrafos de divinidad.

Lo único que envidiaban hasta desangrarse era no poseer en sus tierras a la mayor poeta en esa mueca del halo de la historia; lo incompletaba impuramente, era el ultimo vástago para consagrarse como el país hacedor de todos los Artistas del mundo.

La inquietante perturbación emocional que entumecía, como a un niño el descubrimiento de alguna nueva forma, a una mesera que en sus ratos de ocio leía vorazmente poesía hispana, al ver entrar a su autora predilecta, Julia Pizzalli; cada zancada que daba dividía el incoloro aire salpimentando destellos de adulación.

Francesca cursó sus estudios universitarios en Filosofía y Letra con Julia, además de buenas amigas, era dueña de la editorial más importante de la ciudad, la cual, editaba los manuscritos de la resplandeciente escritora. Se encargaba ella personalmente de darle forma final a sus eternas poesías, y sobre todo, no titubeaba a la hora de comunicarle directamente, sin discreción, los fragmentos que debían claudicar. Jamás hubo objeción de parte de Julia; sí, se lo había replanteado, las noches en vela, donde la almohada galopa en la vigilia por los cielos de la utopía, si su obra era realmente imagen facsímile de las emociones vívidas y puras que devienen en el arte más auténtico.

La charla se deslizaba por el cauce trivial en cuanto al aspecto profesional, hicieron foco especialmente en el viaje del canciller Cristófalo hacia el intrigante país; desempolvaron algunas historias de su época universitarias, incluso rieron a carcajadas al ver entrar al restaurante a un ex novio de Francesca, de juega innata, de la mano de una señora

adulta, hacedora de una fortuna inaudita.

Un sobre de papel madera, posaba expectante en lado izquierdo de su copa de vino, ávido por ser protagonista del encuentro, el mismo contenía los últimos manuscritos que Julia había estado pergeñando durante el frío invierno que, calaba hasta los huesos y hundía en desagravio hasta a el más valiente caballero, había sido el más frío en décadas. Las letras parecían recobrar vida con el cambio de estación, como cobraba vida cada concierto de Vivaldi, compadeciéndose del renacer de la naturaleza; esperando que el mundo las acogiera como la última gran hazaña de una gran Artista.

Sin saberlo, sería su Réquiem, la última vez que invocó a las letras, abriendo de par en par las puertas del corazón, la última vez que el desarraigo del mundo le dotaba de inspiración.

Francesca sacó con exigua delicadeza hasta la mitad la primera hoja que contenía el sobre, y leyó:

"En suspensión tu sonrisa impertérrita, el deceso de las hojas plateadas, en la cerril mañana, exclama: La hoguera de este manantial, polución incierta de esta halo bestial, álveo inerte sin regocijos de cristal, se hallan abnegadas en el relicario del amar.

Titiritan las espinas atizadas de dolor, idílico cavieleo abrasa el candelabro soñador, y aunque exclame nuevamente sin pudor, el amor, avivará al cantor"

Eran los trazos mágicos provenientes de la pluma tornasolada de un ave caída en desgracia; de la tinta negra convergía un aire vanidoso anacrónico, Francesca, hizo una mueca de encanto, y guardó la hoja en el sobre nuevamente; alzó la vista, y sus miradas se entrecruzaron en complicidad; Julia aunque tenía un criterio exhaustivo sobre su trabajo final, esperaba inquieta la aprobación de sus pares, incluso, utilizaba ciertos estratagemas minimizando su obra en busca de ciertos roces de adulación.

Quedaron en encontrarse nuevamente en las próximas semanas para entrelazar los detalles finales para su publicación.

Las figuras geométricas desmitificadas y canalizadas por la inestable ambigüedad de la creación, se hallaban en su esplendor en la biblioteca que recibía el mayor interés por parte de los turistas estupefactos por la presencia de incontables e infinitos ejemplares que halaban la cualidad de asombro hasta la reducción de los sentimientos en la forma más concreta e inquietante que atañen a la inmensidad; mundos en mundos, una red cósmica de galaxias que susurran la creatividad y la diversidad del intelecto humano, era indiscutiblemente una biblioteca conclusa,

filosóficamente; allí en el centro, impactado, ensimismado, rendido ante la grandeza, venerando la construcción modernista más salvaje y cruda, inquietado ante la posibilidad de que la mítica biblioteca de Alejandría fuese una insignificante sátira de poca monta ante la biblioteca central de La República de Ars, se hallaba Cristófalo Arzarú; con el asombro sopesándole la sien, recordó la reunión de trabajo en el Ministerio de la Creación, era a la hora donde el sol se escabulle por la malversada línea horizontal, divisora de destierros.

Jamás en sus treinta y seis años de vida, Cristófalo, pensó en la existencia de una Nación tan extraña, ¡Qué intelectuales martinianos habían forjado tal singular ideología! Los dogmas eran sólidos y respetables como los cimientos del universo, y la interpretación de las ideas y el adoctrinamiento sustanciado en relación numérica fáctica no daba lugar a sobreentendimientos, ni a las atalayas miopes guiando a una nación utópica por arrecifes embravecidos hacia la grandeza, tampoco la había negado; los rumores que afluían atemporalmente mitificaban y potenciaban el peculiar interés por la cultura intelectual de La República de Ars.

Julia irradiaba una estela de felicidad, perceptible para cualquier personalidad embebedora de veleidosos estados, el tarareo de una bella melodía en modo mayor, actuaba como espejo de su estado anímico, luego de un encuentro fortuito tanto en lo profesional como en lo humano, el día podría desvanecerse en una mueca eterna. Se hundió en el sofá chesterfiel de cuero marrón envejecido artificialmente ubicado en el centro de la sala, paralelamente al gran ventanal blanco que daba al jardín, sumamente cuidado, donde los colibríes suspendidos irracionalmente por los colores de la vitalidad, brindaban un espectáculo cuyo protagonista era una invención poética de la divinidad.

Comenzó a urdirse en el periplo de los recuerdos, condicionada por el estado de éxtasis que recorría su cuerpo en este instante, sin pasado compuesto, ni futuro abnegado, tan solo el presente, tan vorazmente volátil como la completa felicidad; recordó su imagen tenue, pero concreta, en la casa de su adolescencia, donde ingenuamente la construcción de palacios de ensueños se derrumba por el candente y superfluo paso del tiempo, allí estaba, sentada en su habitación, los colores no se habían agitado, aunque resonaba en ella inquietamente si su recuerdo era proyección de su mente caótica sumida en la difícil tarea de embelesar y moldear la imaginación para compaginar una idea; leía un cuento de los hermanos Grimm, en especial uno en particular, donde las migajas de pan construían un camino de esperanza; absolutamente nada perturbaba aquel recuerdo, era lo más semejante al nirvana que haya podido experimentar hasta ese presente; quería vivir en un estado constante de aquel recuerdo vago, tan arraigado a su alma, que le inspiraba la paz suficiente para contrarrestar las agujas de los relojes de

la conciencia.

Nuevamente le traicionaba el peor augurio para los que ansían embeber el agua de la fuente de la eternidad, el paso del tiempo; creando un pasaje dónde percutían tensiones no permitidas en esta sinfonía de vestigios de la subconciencia, la arrojaban directamente desde la oscuridad de su mente, a los recuerdos infelices que la subconciencia no había sabido suprimir, por alguna razón celestial, o por la simplee peso de la evolución, siempre evocaba a sus día de estudio de Derecho, antes de decidir férreamente como su destino final encaminarse hacia las letras. Lo único que salvaguardaba y tenía sentido de sus tristes días como estudiante de Derecho, solo para enriquecer miedos que jamás se posaron sobre ella, solo sobre sus pares, era saber que el arte por más suprimido que se encuentre en nuestra subconciencia, en algún momento florecerá tan tempestivamente que correremos por los cielos agitando las arpas de la gloria.

En un instante impensado el sonido del silencio comenzó a desquebrajarse por el ruin intempestivo de la campanilla de la entrada principal, Julia, inquieta, rememoro todas las citas previas que tenía prevista para esta semana y ninguna se condecía con el tiempo y espacio de aquel instante; abrió la puerta principal, y por fuera la monotonía habitual perturbaba la desesperanza de encontrarse con el promotor de aquella visita; al no ver a nadie, dio media vuelta y al girar, vio posada sobre la alfombra, una carta tan extraña, que inmediatamente la llevo sobre la mesa de la antesala. La carta a simple vista parecía pedida en el túnel del tiempo, enviada desde el Palacio de Versalles al duque de Wellington, estaba construida con una pasta de papel de lino, tenía un sello de cera tan particular, que le daban un carácter de respeto y urgencia, al abrirla, leyó: "Querida Julia, Nos dirigimos a usted con el desagrado de informarle que su esposo, Cristófalo Arzarú, se encuentra prisionero en nuestra hornada Nación. El péndulo de su destino se balancea sobre el contrapeso inestable que a partir de ahora usted posee el control.

A continuación le dejamos en detalles los pasos a seguir:..” Firma: La República de Ars.

Las columnas dóricas, altivas, sostén de los cielos, se alzaban calando los cristales de agua en diferentes estados, alados en suspensión por masas de aire cálido, fusionándose; para la conciencia más retorcida pergeñada por la intrigante imaginación de los mayores artistas jamás forjados, metamorfoseaba la imagen apozada sobre la gran ciudad, nunca, en sus felices vidas, habían vislumbrado la colosal 16 estructura de mármol blanco de igual manera, le decían habitualmente a los turistas menos iluminados: itodo está en perfecto cambio! El ministerio de la Creación era superficialmente una copia exacta del Partenón, su Némesis, incluso de la época gobernada por los Otomanos, polvorín de regulación de la creación

artística que tanta riqueza asentaba.

La gran estructura aunque mitificaba la época pretérita, generaba tal paradigma para quienes tenían el honor de recorrer su laberinto interior, que incluso, la primera impresión que generaba al entrar, era la imagen de una máquina del tiempo; era tan colosalmente vanguardista por dentro, que denostaba cierto grado de incompreensión a tal brusco cambio.

El fastuoso día sin el egoísmo que caracteriza a los inmortales, daba lugar a la esbelta oscuridad que cubría con su manto de inquietud al hemisferio de la conciencia; Cristófalo Arzarú, se desplazaba con toda la comitiva añorando El ministerio de la Creación, incluso a varios kilómetros, su percepción saseaba la glándula del miedo, ante tal majestuosa estructura. El laberinto interior, se dividía en nueve alas, desde que la ciencia dejó en evidencia y no considero más como el noveno planeta del sistema solar a Plutón, los eruditos inequívocos, tuvieron que cambiar drásticamente el relato sobre la verdadera idea arquitectónica que conformaba al Ministerio, inclinándose por su helenismo innato, a hacer referencia a las nueve alas como las nueve diosas del arte, las nueve musas inspiradoras que se han apoderado de los artistas que han creado las obras más magnificas de los hitos que tienen en velo a la humanidad.

El Ministerio de la Creación era el centro de toda la red cósmica subconsciente, la atracción gravitacional que ocasionaba halaba en suspensión cualquier objeto con una masa consciente inferior, de allí, se inspeccionaba y controlaba la naturaleza de toda la vasta red de arte de la Nación; era el lugar de trabajo de todas las máximas autoridades de la República de Ars, férreamente custodiado por la Guardia Shakesperiana, los esbirros de la intelectualidad.

Era el sostén de la economía de toda una Nación al son del reparo intelectual. Despótico desde los cimientos, ¡Nadie cuestionaba su libertad!, si al fin y el cabo la felicidad ahondaba en cada molécula de aquella tierras fértiles de creatividad, o al menos era lo impuesto a pensar, alienados por la vanidad.

La mente se le retorcía, el dolor insoportable en la sien le ocasionaba una tenue ceguera que le imponía perdida de tiempo y espacio, un bajón de altitud, ¡pensó, Cristófalo! Era víctima de la fuerza gravitacional del Ministerio de la Creación; él y su comitiva se aclimataron rápidamente al ser recibidos ceremoniosamente, como si fuese un día festivo de la realeza.

Al estar posado al lado de las columnas dóricas que llegaban hasta el infinito, sentía una especie de acopio, la inmensidad lo avasallaba, incluso exclamó para sí mismo: ¡Si Ulises recorriera éstas tierras, Polifemo le parecería minusválido ante la presencia dantesca del Ministerio de la

Creación! Sopesaba en el lugar más recóndito de su mente, si aquella carta era una mala pasada de algún descarriado que deseaba saciar su sed psicótica mediante lúdicos juegos mentales, le helaba la sangre urgir en esta socavada impertérrita forma con la que debía actuar, según indicaciones de la misteriosas demandas impuestas a través del terror de la incertidumbre; recordó que su esposo debía haber llamado durante el transcurso de día y no lo había hecho, y como fotogramas reveladores las imágenes de los susurros que acotejaban a aquella nación tan peculiar, la paralizaban, ¡Todo podía esperarse de un régimen que usaba su poder para vanagloriarse de felicidad! Respiró hondo, como lo hacía en sus años donde practicaba distintas disciplinas orientales, y comenzó a repasar lo demandado por la intrigante y a su vez escalofriante carta.

Las campanadas afinadas en si bemol, la nota más inquietante en un estado universalmente, físicamente, geoméricamente hablando, llegaban como ondas expansivas al igual que produce el impacto de una piedra en un estanque que se bifurcan simétricamente alejándose del centro del epicentro, hacia los oídos de Cristófalo, produciendo estados de inanición, un vacío que jamás había experimentado, incluso en sus días de diversión por los animados juegos de alguna montaña rusa. Se hallaba en el piso, con los brazos cubriéndose la cabeza, reflejo involuntario biológico como el último actos antes de recibir un impacto adverso, preguntándose si era algún tipo de sueño lúcido; intentó gritar con los últimos dotes de fuerza que recorría su espíritu, intentando despertar! Aturdido, se fue incorporando lentamente, desganado y con la incomprensión nata de algún ser irracional, se preguntó qué había sucedido sin preguntárselo.

Se encontraba en una habitación atiborrada de destellos blancos, parecía el cielo después de la muerte, como lo representaban ciertos directores cinematográficos; comenzó a distinguir con cierta imprudencia por su estado aciago, los objetos que encontraba en el habitáculo; en el centro de la habitación había un diván de cuero blanco, altavoces en cada esquina donde confluyen las paredes, y notó que uno de los laterales que destellaba cierta luz incandescente blanca, era una pantalla. Canalizando la energía mientras su cerebro repiqueteaba incesantemente los mismos interrogantes, oyó una voz ronca, con cierto velo de sabiduría, sus ojos palidieron y de un tirón su postura erguida recobró la rigidez de un diamante en bruto.

Ideas en pugnas devenían de la incógnita que develaba las peticiones solicitadas en la carta, aunque todavía la turbación sobre la veracidad de los hechos era incauta, la vida de Cristófalo podría depender de ella; aún en las palabras se podía oír el tono imperante de la pluma que trazó éste entramado desahuciado. Seguía releyéndola, una y otra vez, esperando que la justicia divina cambiara el orden de las letras, ¡que fuese un anagrama de la sátira! Lo que aún más le perturbaba era que La República de Ars le exigía como única condición para reencontrarse con

Crístófalo, su esposo, la de ir a vivir y escribir para su Nación.

Una caja de Pandora de interrogantes, era verdaderamente un acopio de pulsión negativa la situación que estaba trascurriendo, ¡Qué juicio más idóneo y oportuno convivir con los artistas más condecorados de la historia de la Humanidad!, una dicotomía incisivamente expuesta a contradicciones, efusivamente tendría que dejar atrás una vida de éxitos tanto en lo profesional como en carácter social que había sabido construir con mucho esfuerzo y con la cual se encontraba muy amena. Jamás en su vasta imaginación pensó que la podría atravesar una situación semejante, ni siquiera urdida en cuentos del creador del realismo mágico.

¿Qué harían si el peso de una Nación les cayera encima? se preguntaba continuamente; el sol prontamente caería por el horizonte, dándole lugar a su contrario, y el temporizador impuesto por la peculiar Nación llegaría a cero. Estaba agotada; rendida, se dejó llevar ensimismada frente al ventanal blanco contemplando por última vez las flores en la cúspide de su belleza estacional destelladas por el último vestigio de luz solar que se apagaba tenuemente.

El sonido del teléfono produjo el mismo efecto psicológico que el devenir de un trauma del pasado aflorando vilmente, por un instante presintió que el mundo se desmoronaba a sus pies, corrió hacia el mismo y atendió; una voz dulce aunque con tintes de perversidad le decía: [Julia, si la decisión impuesta has de llevar adelante -la voz cambió drásticamente, era serena y sabia- recuéstate en el sofá, entrarás en un trace prestidigitador de tiempos, en el abismo entre el sueño y la vigilia se te revelará la incógnita que tanto anhelas, nuestro poder trasciende las leyes de la física, ó en caso contrario, te abstendrás al tempestivo desasosiego de una Nación de eruditos infalibles. El sofá era el mismo sin serlo, la percepción del mismo cambió de un instante a otro, incluso, podría aseverar enfáticamente que era otro! Se hundió en el sueño más profundo que haya alguna vez alguna persona añorado; los relojes descontrolados, inexactos, se desdoblaban en planos cuánticos, el tiempo, como lo conocía, se detuvo.

Sentía el aturdimiento implícito del desconcierto, le llegaban interrogantes de igual forma que enviste violentamente la marejada embravecida después de un sismo; la voz ronca reverberaba en la habitación blanca, era una pesadilla indeseable, aún desconfiaba de su juicio, no podía distinguir entre lo real de lo irreal, aunque racionalizaba en este contexto. Exclamaba para sí mismo: ¡tiene que ser real, absolutamente real!, nada de lo impuesto denotaba otra bifurcación de ideas.

Idealizaba el pasado, conocía férreamente otra realidad, y concentrándose más y más, pensó: "En la alegoría de las cavernas la realidad es relativa, pero el protagonista no conoce la relatividad de las realidades, en cambio yo sí, he vivido otra realidad, aún recuerdo otra realidad, al menos que

haya sido todo un engaño y he despertado en la verdadera (relativa) realidad”.

El estrés provocado por la situación lo corrompía racionalmente, aunque después de todo se inclinó por la única postura que le concierne a los desconcertados, asumir los hechos. Se concentró en la voz ronca que salía en ondas malversadas desde los altavoces, inconscientemente le comenzó a dar forma a sus rasgos faciales; intentaba recordar alguna voz similar que haya oído en el transcurso de su estadía en la República de Ars, el imaginario tiende a traicionar a la verdadera naturaleza, pensó.

Seguía sumergido en el reparo de no saber por qué le estaba ocurriendo esta situación aberrante.

En el mismo momento en el que dispuso un ápice de concentración en lo que quería comunicar la voz ronca, y de forma simultánea, la pantalla que se encontraba al frente desde su posición en el diván encegueció y un instante después la mezcla de distinga gamas de colores, formaban una secuencia de imágenes en movimiento.

Palideció aún más de lo que estaba, su rostro trasmutaba camaleónicamente con las paredes blancas, la presión que conllevaba hasta ese momento corría estremeciéndolo como la crecida de un río en temporada de lluvias; todas las imposiciones y argumentaciones que se había planteado durante el transcurso del inicio del vil episodio que lo agazapaba se derrumbaban, los cimientos inestables tambaleándose al son del afloro de la verdad. Allí estaba, Julia, con su carácter sereno, inmaculada ante la adversidad, con sus trémulas manos sosteniendo una taza de té, ensimismada, como ida del mundo; pensante desde todos los ángulos.

La ambivalencia entre la felicidad y la tristeza ahondaba en ráfagas huracanadas en el actuar de Cristófalo, su reacción fue absolutamente innata desde los principios del instinto primitivo, se acogió en el piso y comenzó a llorar como un bebe ante el descubrimiento de un nuevo mundo.

La cúspide de la República de Ars se encontraba reunida en la novena ala del Ministerio de la Creación, precisamente en la sala Calíope, llamada así por el nombre de la musa inspiradora de la poesía. ¡Qué contradicción de los hedonistas frívolos y previsores que cumplimentaban a las obras de arte desde su poder implacable para someter a los grandes artistas, en reunirse en tal desdichada sala en honor a la diosa inspiradora de los versos melodiosos! Aún así englobados en su atmósfera pulcra, coloquiaban en con un tono triunfal sobre los pasos a seguir con el sometimiento de Julia Pizzalli y Cristófalo Arzarú. Era un tono triunfal, porque por primera vez en su historia eran hacedores de los mayores

talentos que bifurcan al arte.

El paso siguiente de su entramado vil era estrujarle a Julia la creatividad a costa del aprisionamiento de Cristófalo, así su implacable talento embelesaría las singulares Bibliotecas dándole un carácter altivo, y el mundo entero se rendiría a los pies de la nación más culta que la historia haya tenido el agrado de admirar.

Un silencio sepulcral envolvía como un capullo de desazón la sala donde Julia tomaba el té, estaba impaciente, no había recibido noticias de Cristófalo desde que habitaba aquella peculiar Nación, la pesadumbre filípica sobre los autores de este vil entramado, le daban a su infusión un sabor amascento. Se sentía como una marioneta, acechada desde todos los ángulos, y así era, los hilos los movían seres crueles, que no iban a cesar el espectáculo hasta no lograr sus objetivos, la obra recién comenzaba, el telón se había levantado.

Aquella extraña tarde recorrió las calles de La república de Ars, estaba atribuladamente enamorada de aquella Nación, un idilio insensato; exclamaba para sí misma efusivamente: ¡Sí tan solo hubiese recibido una invitación formal, y no me hubieran sometido a tal desdicha, entonces, instantáneamente, con la seguridad de un actor de teatro, acogería a esta culta nación como mi hogar!, seguidamente, esta idea era rechazada por su juicio, conocía el implacable entramado conspiratorio para mantener erguida a una Nación bajo actos atroces.

De igual manera, esta situación le provocaba un estado veleidoso, se había encontrado con un gran escritor, el cual conllevaba una vida idealizándolo, y corría la suerte no sólo de embeber su obra, sino de entablar una relación, se sentía absolutamente libre, estaba con sus pares, y un instante después, devenían emociones binarias embadurnando el momento con pesar, en cualquier ángulo que mirase, aparecía la imagen de Cristófalo. Se preguntaba constantemente si la Nación estaba instaurada por subyugaciones, si todos los artistas que habitaban aquellas tierras inicialmente habían atravesado por la misma trágica situación que ella, En incontables ocasiones de esa tarde, se había obstinado en preguntárselo, aunque el miedo le helaban las palabras antes de pronunciarlas, el mismo estaba sustanciado por la aparición recurrente en el hipocampo del rebelde de un sistema despótico, Winston Smith, sabía que ésta nación era igualmente infalible, y ninguna proeza cambiaría el curso de sus engranajes.

Dejó de lucubrar y se enfocó en lo que le demandaban bajo opresión, lo cual era escribir, así podría reencontrarse con su amado Cristófalo.

Había transcurrido un lapso sustancialmente largo para Julia Pizzalli habitando en la República de Ars, y aún más para Cristófalo Arzarú el cual todavía se encontraba prisionero en el Ministerio de la Creación en un

estado luctuoso tanto físicamente como psicológicamente. No podía precisar exactamente el tiempo que había transcurrido, había estado bajo coacción, y además, los días en aquella nación, ieran tan extraños! Había recibido visitas en incontables ocasiones de la guardia Shakesperiana en busca de los manuscritos y todas las veces habían sido rechazados por no tener el nivel digno que esperaban. Escribía cada día más, producía montañas de palabras que se desmoronaban por los sismos de la frustración; estaba exhausta, sabía que la vida de ambos dependía de su capacidad artística. Pasó noches en vela buscándole una explicación lógica a su incapacidad para escribir desde que había pisado las tierras del saber; varias argumentaciones y contra argumentaciones le bombardeaban la razón. Provenía de una nación democrática, libre, donde el arte no estaba regulado, esto provocaba cierta reticencia sobre la ingenuidad de las personas para crear deidades estériles Aunque en esta Nación era todo cruelmente calculado, ligado a la erudición, habían perdido el clamor sentimental, lo más puro del arte. Eso le repugnaba.

Había añorado las tenues velas encendiendo los candentes escritos, las plumas ondeantes en la penumbra de la creación, la música clásica, los majestuosos teatros elitistas, la opera, los carruseles, inevitablemente vivía en un estado atávico, y era tan afín a la republica de Ars, que en un comienzo la había amado, a pesar de todo, la había amado.

Y concluyó: ‘“La única forma de concebir el arte es desde la esencia de tus sentimientos, de tus principios, de tus raíces; cuando te despojan de ello y quedas librado a la técnica, al saber, se convierte vilmente en una conjunción de reglas sin sentido que se vuelven impasibles”’.

La brisa cálida golpeaba insensata ante la inmensidad del mar, el impío cielo cristalino en su jubilo sentencial, era testigo de esta horda de recuerdos traslucidos, allí estaban Julia y Cristófalo posados en los acantilados de la eternidad, ante la mirada atónita de las gaviotas presintiendo la tragedia, antecediendo a la tempestad crónica de verano. Ambos sabían que era el fin de este inconmensurable río de letras que no supieron conjugarse en esbeltas formas de salvación.

Ambos sabían que la Republica de Ars era infalible, tan solo se miraron y Cristófalo sentenció: “Amada mía, ni la condena más severa me hará perder el fulgor celestial, que me provoca el tan solo evocar tu sonrisa en mi temporal conciencia” Tan solo el bullicio incoloro del silencio (una partitura de un músico a la deriva) en una noche piadosa con los desamparados, los envolvió.

Volutas de adiós recorrieron su espina dorsal, un gélido estremecimiento la paralizaba aún cuando evocaba en la estela de recuerdos que ni el fin del ocaso, ni el sueño con los eruditos, le harán socavar. La inspiración

regresaba, aún podía escribir el punto final de este sueño.

FIN